

Cuadernos 2020

Bloque VI
Democracia internacional

Geopolítica
de la excepción



20
20

plan2020

ganar al Partido Popular
gobernar España
construir derechos



Índice

Geopolítica de la excepción	3
La Unión Europea en crisis	3
¿Fin de la Pax Americana?	6
América Latina: fin del ciclo progresivo-desarrollista y restauración conservadora	9
Hacia una nueva gobernanza mundial	11
Por una nueva cultura de paz y seguridad	12

Txema Guijarro
Idoia Villanueva
Julio Rodríguez

Geopolítica de la excepción

«¿Cómo construir miles de kilómetros de muro?
Muy fácil, soy un constructor. Es más difícil
construir un edificio de 95 plantas.»

Donald Trump

«Cada ascenso del fascismo da testimonio
de una revolución fallida.»

Walter Benjamin

La Unión Europea en crisis

A comienzos de 2008, nadie podía prever que estuviéramos al borde del mayor envite al proyecto de construcción europea de toda su historia. Hoy podemos decir que **jamás antes este proyecto había tenido que hacer frente a una coyuntura tan adversa**, al punto de desconocer la justicia social como parte del ideario que inspiró la integración europea desde sus orígenes.

Adicionalmente, la incapacidad para reaccionar con rapidez y con acierto a la crisis financiera y en 2010 a la crisis de las deudas soberanas, ha puesto en tela de juicio los grandes consensos de los años noventa, sobre los que se asentó la política económica y monetaria común. La gestión de la crisis griega, la imposición de medidas antipopulares fuertemente respondidas en las calles y la pérdida de soberanía de los pueblos pusieron al descubierto la **escasa sensibilidad democrática de las instituciones europeas y su claudicación ante la ortodoxia neoliberal**. De la misma manera, puso al descubierto el **dominio de Alemania y la prevalencia de sus intereses** por encima de los del resto de países —específicamente, los intereses del Sur—, dejando así en entredicho los principios rectores de solidaridad, igualdad y refuerzo mutuo que la construcción europea decía defender.

La austeridad es hoy ya cuestionada hasta por las instituciones financieras internacionales de Bretton Woods, así como por los principales centros de pensamiento oficiales. Baste

como ejemplo el último informe del Consejo Económico y Social sobre la gobernanza económica de la Unión Europea, en el que se apunta lo lejos que aún se está de mitigar las consecuencias fatales de la crisis. Igualmente, se señalan los pobres resultados alcanzados por las políticas sistemáticas de recortes, en tanto que las deudas públicas han seguido aumentando y los déficits no se han controlado, pese a ser las dos principales exigencias del pacto de estabilidad.

La tecnocracia europea quiso hacernos creer que las medidas diseñadas e implementadas, pese a causar dolor en las poblaciones del Sur, **resolverían los problemas macroeconómicos. Esto no ha sido así. Por el contrario, la crisis se agravó y se recrudeció la desigualdad social.** Ello demuestra que, en última instancia, y durante los últimos años, el proyecto europeo ha servido antes a las élites europeas que a sus pueblos.

En medio de las arremetidas más fuertes de la crisis económica, se siguió gestando en el seno de los poderes europeos los acuerdos de liberalización comercial, reflejados en las negociaciones del TTIP, del TISA y del CETA. Desde el comienzo de estas negociaciones, su **objetivo último no ha sido otro que el de acabar con el último cortafuegos a las políticas desreguladoras,** que aún queda en los Estados de bienestar europeos.

La crisis del proyecto europeo ha tenido una manifestación particularmente peligrosa en algunos de los países más relevantes de nuestro entorno con el auge de movimientos de extrema derecha. Le Pen en Francia, Orban en Hungría, Hofer en Austria, el UKIP en Reino Unido y hasta Alternativa por Alemania representan todos el síntoma de una debacle política de escala europea y, en gran medida, son consecuencia del fracaso clamoroso de unas instituciones europeas alejadas de la ciudadanía. Este fenómeno, que abrió en la historia de Europa una «situación populista» en el sentido que le dio Karl Polanyi, ha demostrado así su **capacidad tanto para articular nuevos proyectos de carácter progresista** —siendo el que representa nuestro partido uno de los más importantes del continente— **como para promover salidas marcadamente reaccionarias y de carácter xenófobo.** Esto nos impone una doble responsabilidad histórica como organización política que aspira a incidir en el concierto europeo, por cuanto ahora más que nunca debemos ser capaces de

ofrecer un proyecto verdaderamente emancipador para amplios sectores desfavorecidos por la crisis.

La rápida expansión de la Unión Europea hacia los países del Este a lo largo de los últimos años ha supuesto también importantes desafíos para el conjunto de la Unión. Las dos máximas expresiones de estos desafíos han aparecido, por un lado, en la guerra civil desatada en Ucrania, en la que **cabe achacarle al menos una parte de la responsabilidad**, en el marco de una operación de la OTAN de aproximación estratégica a la frontera rusa, por la desestabilización permanente en la que vive el país desde hace ya más de una década; y, por otro lado, en la **gestión caótica —contraria a los derechos humanos— de la crisis de refugiados**, tema que se analiza extensamente más abajo.

En los últimos meses, el referéndum celebrado en Reino Unido que llevó al triunfo del *brexít*, y a la consiguiente salida de David Cameron de la jefatura del Gobierno británico, ha supuesto el penúltimo —y en gran medida inesperado— sobresalto para un proyecto europeo. El ex primer ministro italiano, Matteo Renzi, fue la siguiente víctima de un referéndum popular que acabó también convirtiéndose en revocatorio. En realidad, ocurre ya desde hace unos años que **cada vez que se han abierto las urnas de los países de la Unión, la dirección del proyecto en su conjunto se ha visto cuestionada**.

Por lo demás, la confianza de Europa en el eje atlántico ha llevado a ejercer un relativo liderazgo —con el plácet y acompañamiento permanente del socio norteamericano— en las intervenciones militares de la OTAN de los últimos años, dentro del Mediterráneo Sur, Irak, Siria y el Sahel. No obstante, esta toma europea de iniciativa (principalmente francesa, británica, alemana y, en menor medida, española), ha tenido pésimos resultados. Hoy, **Libia es literalmente un Estado roto en mil pedazos**, esfumado, en el que la violencia, el extremismo islámico y el comercio de personas y armas se entremezclan y expanden hacia el Sur, llegando a otros países como Mali, Níger, Chad, Nigeria o República Centroafricana. Por otro lado, Oriente Medio está lejos de visualizar un horizonte mínimamente estable. Lejos estamos también de que Europa y Estados Unidos reconozcan **la imposibilidad de acabar con el terrorismo de carácter yihadista, debido a la injerencia y a la permanente presencia militar** en estos países. En este sentido, ha resultado descorazonador observar

cómo el impulso cívico, libertador, de una Primavera Árabe de las que nosotras, como ciudadanas europeas embarcadas también en una pacífica rebeldía, nos sentíamos cómplices, se transformaba en un reguero de guerras civiles, golpes de Estado y cierres oligárquicos, **entre la torpeza, el silencio y la complicidad de nuestros Gobiernos.**

La OTAN, asociación fundacional del orden mundial de posguerra que une a Estados Unidos y Europa, sigue siendo hoy clave para explicar los sentidos que toma la globalización. Su acción concertada en los principales foros multilaterales ha moldeado el devenir de los mismos, de suerte que el sistema mundial de intercambio comercial y de capitales sigue jugándose actualmente bajo las reglas inicialmente establecidas por el eje atlántico. Incluso tras el agotamiento (y aparente deceso) del ciclo de rondas de liberación de aranceles celebradas en el marco de la Organización Mundial de Comercio desde hace más de medio siglo, **Estados Unidos y Europa han abierto espacios bilaterales para continuar con el estrechamiento de vínculos comerciales**, como el TTIP. Pese a la opacidad con la que se han manejado estos espacios, no es del todo seguro que puedan avanzar las negociaciones, dadas las resistencias de algunos Estados europeos, así como las propias dudas sobrevenidas con el ascenso de Trump a la presidencia de Estados Unidos. Tales dudas llegan incluso a arrojar **sombras sobre el sostenimiento futuro de la estructura militar de la OTAN**, desplegada en todo el globo y convertida de facto en gendarme del mismo.

¿Fin de la Pax Americana?

El aterrizaje de Donald Trump en la Casa Blanca promete añadir un grado más de incertidumbre a un escenario internacional hoy ya convulso. Por un lado, todo parece indicar que **se abre una fase económica de neoproteccionismo por parte de la potencia mundial**, que tendrá repercusiones directas, ahora incalculables, en el resto de continentes y que podría llegar a modificar la propia estructura de poder global. Algunas regiones, como América Latina, han comenzado ya a padecer el repliegue reaccionario que se anuncia en el Norte. Ante la amenaza de una ofensiva fiscal lanzada desde Washington, importantes multinacionales americanas han anunciado la reubicación de inversiones productivas, anteriormente planificadas en América Latina y Caribe, ha-

cia territorio estadounidense, un país que goza por lo demás de una bajísima tasa de desempleo. Tras haber anunciado Trump que completará el vergonzoso muro de separación con México —y, por extensión, con toda América Latina—, es previsible que estas industrias deban contar con la necesaria mano de obra hispana dentro de Estados Unidos para atender estas reubicaciones. Por lo demás, Estados Unidos es ya hoy el segundo país en el que más se habla el castellano (precisamente, solo por detrás de México) y difícilmente podrá desconocerse el carácter latino inserto, desde un origen, en el ADN de la cultura norteamericana.

La relación con el Asia-Pacífico sufrirá también importantes transformaciones. En los últimos años, **la consolidación de la presencia de otras potencias en la región —la República Popular China y, en menor medida, Rusia—** ha provocado una pérdida relativa de terreno de los tradicionales socios norteamericanos —Japón, Australia y Corea del Sur— así como de la propia superpotencia. La arquitectura económica y financiera en torno a esta región (la primera del planeta ya en términos de población y de intercambios comerciales) está actualmente en disputa, con foros multilaterales crecientemente liderados por China, como APEC, espacio preexistente de encuentro multilateral en el Pacífico, en el que concurren algunos países latinoamericanos. También está por ver en qué términos se presenta aquí el nuevo inquilino de la Casa Blanca. De momento, su reciente provocación al gigante asiático en el mar del sur más parece una estrategia negociadora que un desafío geopolítico. Lo que sí resulta obvio es que **Trump desea renegociar un nuevo peaje por el sostenimiento de la Pax Americana, también en el Pacífico.** En todo caso, llama poderosamente la atención —¡quién lo hubiera dicho hace solo veinte años!— que sea el presidente Xi Jinping el que haga una encendida defensa del libre comercio en el Foro de Davos de este año, a la vez que advierte veladamente al próximo presidente de los Estados Unidos de las consecuencias de provocar una guerra comercial de dimensiones globales.

Por lo que respecta al Magreb y Oriente Medio, el desconcierto sobre el futuro se suma ya a un desconcierto presente. **La consolidación de la República Islámica de Irán y, principalmente, de Rusia** como actores aliados en la guerra civil siria, así como el **papel diferenciado, y por momentos imprevisible, de Turquía** en este teatro de operaciones, aún

no permite anticipar un desenlace, más allá de la catástrofe humanitaria que ya representan medio millón de muertos y más de diez millones de refugiados y desplazados provocados por el conflicto. Se trata, además, de un enfrentamiento contaminado por el **estado de guerra permanente del vecino Irak**, inmerso en un caos militarizado de intensidad desigual, desde que en 2003 el ejército norteamericano invadiera el país. Está por ver si la nueva administración norteamericana ahondará en la estrategia de intervenir militarmente «sin botas sobre el terreno», por utilizar la expresión popularizada por Obama (misiones aéreas mayoritariamente no tripuladas, de apoyo a ejércitos o milicias locales). En todo caso, y muy probablemente, estos conflictos seguirán alimentando una retórica yihadista, algunas de cuyas consecuencias llevan ya años manifestándose trágicamente en las principales capitales del mundo islámico y Europa. Por lo demás, tampoco se conoce la interacción que Trump vaya a establecer con el presidente Putin, ni en este escenario ni en otros muchos. Sobre la simpatía contra natura expresada entre ambos mandatarios hasta ahora, se abre también un importante interrogante, en relación al alcance real del aparente encuentro entre dos gigantes tradicionalmente enfrentados y sujetos a las dinámicas de Guerra Fría que aún resuenan desde el fondo de la Historia.

Por desgracia, la nueva Administración norteamericana promete otras certezas en Oriente Medio, como el mantenimiento —incluso, probablemente, el fortalecimiento— del **vínculo con el Estado de Israel, y los planes para extender la ocupación de los territorios palestinos, así como el régimen de apartheid** contra la población árabe que el Gobierno israelí promueve. Este foco de tensión histórica, auténtico lastre para una región que acoge este fenómeno como una humillación de tintes religiosos contra todo el mundo árabe, difícilmente podrá avanzar hacia una solución estable sin el compromiso de la comunidad internacional para el reconocimiento del Estado palestino y la presión coordinada contra las políticas de Israel, contrarias al derecho internacional. Y, sin embargo, **no parece que los nuevos perfiles al frente del Departamento de Estado vayan a doblarse a un sistema de Naciones Unidas** ya de por sí fragmentado, con graves carencias democráticas y escasamente operativo.

La anunciada insumisión del presidente Trump al cumplimiento de los compromisos internacionales podría alcanzar sus mayores cotas de gravedad en lo que respecta a los

acuerdos alcanzados para mitigar el cambio climático. Tras un largo recorrido, que se inició con la Cumbre de Río de 1992, apenas se habían dado unos mínimos pasos, pues ya existía un amplio consenso entre la comunidad científica sobre lo insuficiente de las metas proyectadas recientemente en París. Por ello, **la salida unilateral de Estados Unidos de este espacio aumentaría definitivamente el peligro real** al que nos exponemos todos los habitantes actuales y futuros de este planeta.

América Latina: fin del ciclo progresivo-desarrollista y restauración conservadora

Los primeros años del milenio han sido, sin duda, uno de los periodos de más rápido avance económico y social en la historia de América Latina. No por casualidad, este periodo **coincide con el triunfo y desarrollo de la revolución bolivariana en Venezuela**. Pocos años más tarde, **se consolidaría un peronismo de izquierdas en Argentina y el Partido de los Trabajadores llegaba al Gobierno de Brasilia**. Otros pueblos, como el boliviano y el ecuatoriano, inmersos en sus propias dinámicas nacionales, se vieron inspirados por este movimiento y alumbraron también Gobiernos que se sumaron al cambio. En mayor o menor medida, el fenómeno se extendió por toda la región, y los índices de desarrollo humano evolucionaron parejos a la ola de participación democrática que lo provocó. Ciertamente, **no se logró —no se ha logrado aún— superar la matriz primario-exportadora** que caracteriza a la mayoría de las economías de estos países, pese a los intentos de diverso calado que se han llevado a cabo y a las contradicciones experimentadas como parte de los distintos procesos desarrollistas. En todo caso, cabe recordar que, **durante aquellos años, se redujo la extrema pobreza en más de un 50%, y aumentó la esperanza de vida en más de 8%**, según datos de la CEPAL (ONU).

Las especificidades económicas e institucionales de América Latina hacen difícilmente comparable estos procesos de cambio político con los ocurridos en otras regiones del mundo. Y sin embargo, las transformaciones desarrolladas en ella, y protagonizadas por nuestros pueblos hermanos de América Latina, **han sido fuente de inspiración para otras fuerzas** que, a lo largo de la geografía global, se esfuerzan

por emprender e inventar nuevas vías emancipadoras, de carácter nacional-popular

El **ciclo histórico progresivo que ha atravesado América Latina parece, sin embargo, haber alcanzado claras muestras de agotamiento.** Tras el fallecimiento del presidente Chávez y el desplome de los precios internacionales del crudo, Venezuela ha vivido una parálisis creciente, hasta alcanzar un preocupante grado de tensión interna. Ello no solo ha derivado en una profunda crisis económica, sino que ha comprometido el funcionamiento democrático del país, lo que pone en riesgo gran parte de las conquistas sociales y políticas alcanzadas por la Revolución. El **panorama en Brasil se ha visto también ensombrecido con el golpe de Estado institucional,** orquestado por una auténtica mafia política y mediática instalada en el país verde-amarillo, el cual atraviesa una recesión económica desde hace ya más de un año. La destitución de Dilma Rousseff no ha hecho sino poner al descubierto un entramado de intereses oligárquicos que hoy amenaza con retroceder en apenas unos meses los años de avances sociales en el país más grande e industrializado de toda la región.

Por su parte, el Gobierno del presidente Macri en la República Argentina ya lleva meses embarcado en el **desmantelamiento de algunas de las prerrogativas asistenciales de carácter popular** implementadas durante la década kirchnerista. En Chile, la presidenta Bachelet ve estrecharse sus márgenes de acción, entre una derecha profundamente conservadora y unos sectores populares que piden reformas de carácter constituyente. Por su parte, Bolivia se esfuerza por extender la figura de Evo como gran aglutinadora de su particular revolución andina, mientras que el partido gobernante en Ecuador ensaya el recambio de un líder carismático como Rafael Correa para las ya muy próximas elecciones presidenciales, en un contexto de rearme político de las opciones opositoras.

Aquellos países que, en mayor o menor medida, se han revelado inmunes a la ola progresista, como Colombia, Perú o México, han tendido a apostar por el **fortalecimiento de su tradicional alianza con Estados Unidos, tomando el Pacífico como espacio de conexión natural.** No por ello han dejado de participar en los espacios de integración regional que se han abierto en este periodo —UNASUR y CELAC, principal-

mente—, aunque sin duda ha sido el bloque de países progresistas el que ha liderado este fundamental impulso histórico. Estos espacios de encuentro regional estarán llamados a jugar algún tipo de rol frente al desafío que, como decíamos más arriba, se divisa hoy en día desde el hemisferio norte.

Hacia una nueva gobernanza mundial

Nuestra organización política se ha propuesto recuperar la soberanía de los pueblos de Europa. Desafortunadamente, la Unión Europea ha terminado por enfilarse en la dirección opuesta, al establecer un cerco a algunos Estados, para limitar su capacidad de actuación en beneficio de otros. Han tomado como rehén a sus poblaciones y han facilitado una extraordinaria concentración de poder económico y político, que escapa a cualquier control por parte de los parlamentos nacionales. Para revertir el modelo de integración de la Unión Europea y poder así salvar el proyecto europeo, **nos hará falta ganar aquí y ganar también fuera.** Es decir, deberemos construir alianzas con los países y las instituciones comprometidas con la transformación democrática de nuestro entorno. Europa no puede esperar más, y nos necesita como parteras de una nueva Europa amiga de los pueblos. Y, sobre todo, una **Europa garante de sus derechos políticos, civiles, económicos, sociales y culturales.**

Como se deduce de los capítulos anteriores, será complicado para Europa encontrar las coordenadas adecuadas en las que moverse dentro de un terreno global tan incierto. Buscar el entendimiento entre iguales con cada una de las regiones del planeta humano, incluso con aquellas que tradicionalmente ha despreciado, como África, Asia y Latinoamérica, será uno de los requisitos imprescindibles. También el de **encontrar un centro de gravedad geopolítico y geoeconómico menos desplazado hacia el eje atlántico y más equilibradamente distribuido.**

Todo ello también pasa por incidir en el concierto mundial, en un momento en el que se encuentra en plena transformación hacia no se sabe qué. La **democratización del sistema de Naciones Unidas**, empantanada desde hace décadas entre la resistencia de las viejas potencias por ceder y las demandas de los actores emergentes (BRICS, MIST, etcétera), se hace cada vez más urgente. Europa —y España como

miembro relevante la misma— debe ser capaz de afrontar con generosidad esta cita. Al fin y al cabo, **solo desde este espacio multilateral podremos avanzar en temas como el cumplimiento de los derechos humanos por parte de los Estados y de las transnacionales, el control de los movimientos de capitales, la lucha contra el cambio climático o el fin de los últimos vestigios coloniales, como la ocupación del Sáhara Occidental y de Palestina**, por mencionar solo algunas de los más importantes de nuestra agenda.

La tarea de implementarla es inmensa, casi abrumadora. Y, sin embargo, nuestra corta historia nos ha demostrado que sí se puede.

Por una nueva cultura de paz y seguridad

Para nosotros, **la paz es un valor y una meta que se construye y fortalece día a día**. Por su parte, la **seguridad** debe pivotar unida a ella y conformar un binomio inseparable que se retroalimenta, pero que no pierde de vista el objetivo perseguido. La defensa y la seguridad de España y la de la ciudadanía son responsabilidades esenciales del Gobierno y del conjunto de las administraciones públicas. Ahora bien, en esta labor también es importante el papel que desempeña la sociedad conformada por cada uno de los ciudadanos de este país plural y diverso y las organizaciones constituidas para contribuir a ello.

En los últimos años, **la crisis económica ha introducido un factor de pesimismo generalizado**. Tenemos la sensación de vivir en un mundo en el que las amenazas a nuestra seguridad se multiplican y resultan cada vez más complejas y preocupantes. Parece que nuestra forma de vida nunca ha estado más amenazada, lo que resulta un tanto paradójico cuando venimos de un siglo XX marcado por toda una secuela de conflictos devastadores, incluida la prolongada amenaza de una hecatombe nuclear.

Si ponemos énfasis en esta paradoja es porque queremos resaltar lo que, **a veces, puede haber de exageración o malinterpretación respecto a la verdadera magnitud de los riesgos y amenazas que nos acechan**. Resulta evidente que unos y otras existen a nuestro alrededor, y algunos de ellos pueden tener consecuencias graves, pero también lo es

que, **en ocasiones, ignoramos riesgos importantes, mientras concentramos nuestra atención en otros que son poco más que rumores sin fundamento.** Si algo hace falta para encarar el problema de la seguridad es una actitud crítica y reflexiva, que permita **identificar los riesgos realmente preocupantes, independientemente de su impacto emocional, y adelantar soluciones realistas y operativas.**

Los riesgos y amenazas que nos acechan hoy en día son muy diferentes a los experimentados en el siglo XX, hasta el punto de resultar en ocasiones desconcertantes. Y precisamente este desconcierto puede contribuir a aumentar la alarma. Antes, los riesgos y amenazas se identificaban con conflictos interestatales conformados por ejércitos enemigos en las fronteras, o con flotas cortando las líneas comerciales marítimas. Y la solución era militar o, mejor dicho, la tradicional combinación de acción militar y diplomacia.

El concepto moderno de seguridad tiene una vocación más amplia y multidisciplinar. Los riesgos y amenazas han dejado de ser exclusivamente militares y se han extendido al campo económico, primero, y a ámbitos como el medio ambiente, las comunicaciones o la protección ante fenómenos naturales después. Y las soluciones para neutralizar algunos de esos riesgos también abandonaron la esfera estatal, para extenderse a un ámbito multilateral que requiere una respuesta regional, o incluso global. Como consecuencia, **la seguridad** abarca hoy una esfera muy amplia, y se ha convertido en algo tan complejo que **exige la coordinación, y a veces la integración, entre diferentes instituciones del Estado, la sociedad civil, así como la colaboración exterior con otros países y organizaciones regionales e internacionales.**

Por ello, en la actualidad muchas de las estrategias actuales de defensa son literalmente ineficaces. No podemos seguir con procedimientos que parecen ignorar las transformaciones estructurales de los últimos años que han incidido en un entorno global más interdependiente y transnacional. De este modo, si las ideas y las estrategias no se someten a continua discusión y deliberación a través de los canales democráticos que nos hemos dado, proliferan las patologías y las reacciones viscerales. Las opiniones que no se anclan en las buenas razones, en el convencimiento, en los valores constitucionales, se tienen que amarrar al prejuicio, y detrás de este aparece inexorablemente la intolerancia y las respuestas cortoplacistas.

Nuestra apuesta pasa por abrir el debate de la paz y la seguridad a la sociedad para definir, de esta manera, unos instrumentos «sostenibles» que nos permitan hacer frente a riesgos y amenazas, reconociendo su carácter transfronterizo y multidimensional y que no sean el resultado de **un análisis cortoplacista y alarmista**. Un análisis que, muchas veces, está **alimentado por la incertidumbre generada por una estrategia del miedo**, donde confluyen intereses económicos y de poder a escala global.

Esta implicación ciudadana obliga a poner los ejes relacionados con una «defensa» eficaz en **su sostenibilidad, en la transparencia y en la participación**.



**20
20**

plan2020

ganar al Partido Popular
gobernar España
construir derechos